

De la primera, recibí una lección, una buena lección, durante el paseo. Yo no la buscaba, os lo juro, y todavía estoy humillado.

Es una niña, un pedacito de niña de nada, no mayor que esto, y ¡todavía...! La conocéis. ¿No la conocéis? Os compadezco porque no conocéis a Paulita. Voy a presentársela, o mejor, yo os presentaré a ella, porque a las personas grandes, hoy se las halla tanto como se quiera, mientras que a los niños, ya todos sabemos, que no hay niños. Ignoro cómo os acogerá Paulita; puede ser que bien, puede ser que mal, puede ser que las dos cosas a la vez. Tratad de agradarla, será lo mejor. Porque si no... ella se encargará de daros la nota, como me la dió a mí.

Para que comprendáis toda su impertinencia, es preciso que os bosqueje en unos cuantos rasgos, su retrato.

Diez años; una larga y ondulada cabellera, castaña oscura con reflejos dorados; grandes ojos morenos, a la vez picaruelos y profundos, en los que revolotea sin cesar un punto de oro, misterioso, que jamás se aquieta; un cuerpo flexible y delgado, de movimientos rápidos, continuos, graciosos siempre: imposible que esté en reposo, y cuando camina, se diría que danza. Quizás soy un poco parcial, porque aun me dura la cólera que me produjo el que me humillase. Así que, sin duda alguna, no la describo todo lo bien que es necesario. Añadid vosotros, a fin de que resulte toda la verdad.

Nos hemos paseado muchas veces juntos. Es una compañerita que no teme nada, y que aun tiene la coquetería de buscar los pasos difíciles. No faltan estos, por cierto, en nuestras montañas. Cuando yo la levanto, no sin trabajo, hasta una roca sólida, al margen de un paso resbaladizo, es para oír que me sale con un: ¿Quieres que te ayude?

Cierto día, nos sorprendió una lluvia torrencial y nos refugiamos bajo un corpulento castaño. A pesar de su valor, mi muñequita tenía un tantico de miedo a la tormenta.

—¡Seguramente que no pasará ! me dijo.

—¿Quién?